

2
2390



E N E R O

MCMXXXV

s u m a r i o

Prisma núm. 1.—J. J. DE LECANDA: *La verdad y la bancarrota científica*.—JUAN SACRAILT: *El jubileo de Unamuno*.—L. P. DE L.: *El premio Nóbel, el humor y la barbita de Pirandello*.—L. HERON DE VILFOSSE: *El pensamiento político de Maquiavelo*.—PEDRO LÓPEZ LAPUENTE: *Las altas tímidas*.—ANTOLOGÍA.—AMADO NERVO: *Resurrección*.—ARTURO SERRANO PLAZA: *Soneto falso*.—ASCRA NAUEL: *El, Ella y los dos*.—ALFONSA DE LA TORRE: *Romance de la abuela muerta*.—RAFAEL GARCÍA SERRANO: 20-12-34: *batalla*.—A. DEL HOYO: *Lo doloroso en los romances*.—D. CLEMENCÍN: *Introducción al estudio del Quijote*.—*Deportes*.—*Bibliografía*.
Viñeta de ISERN.



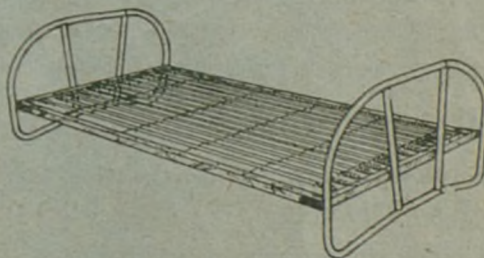
SOFA TRANSFORMABLE EN CAMA



LO MAS PRACTICO
LO MAS HIGIENICO
LO MAS ECONOMICO



PARA RESIDENCIAS
PARA HOTELES
PARA PARTICULARES



Concesionario exclusivo para España, Colonias y Protectorado:

————— “ O C R A ” —————

Exposición: Pi y Margall, 12, 2.º entlo. - Teléfono 23222

● De venta en todos los buenos establecimientos de España ●

precio 0,50 pts.

Papelería de la Universidad

JUAN HERRERA

Objetos de Escritorio y Dibujo. Impresos de todas clases. La casa más surtida y económica en toda clase de recordatorios negros y grabados finos. Tarjetones y esquelas de funeral. Vea los precios de esta casa. No tengo corredores.

San Bernardo, 48 moderno Teléf. 14599

CAMISERIA Y CORBATERIA

«LA NOVEDAD»

LAS ULTIMAS NOVEDADES EN
ARTICULOS PARA CABALLERO

BUFANDAS ● GUANTES ● CHALECOS

San Bernardo, 32 MADRID

Librería Franco Española

Avenida de Eduardo Dato, 10 (Gran Vía)
Teléfono 23517 MADRID

Literatura nacional y extranjera. Libros de ciencia, arte, etc. en todos los idiomas. Obras de consulta. Sección especial con las mejores revistas de modas. Suscripciones a todas las revistas y periódicos del mundo. Solicite catálogos y boletines. Llamando a nuestro teléfono 23517, servimos inmediatamente todos los pedidos.

MATA Hermanos

Los mejores sastres

Ex cortador de la Casa Gath
y Chaves, de Buenos Aires

PI Y MARGALL, 5 (GRAN VÍA)

Teléf. 24042

Madrid

~ Sastrería de Lujo ~

Mora Salamanca

San Bernardo, 15 (Junto Gran Vía)

Teléfono 25387

MADRID

FUMADORES: Antes, para adquirir un artículo de la casa **DUNHILL** era necesario ir a Londres; hoy tiene en Madrid su mayor stock. ¿Donde...? En

LA CASA DEL FUMADOR

PRECIADOS, 5

Única depositaria en España de todos sus artículos: Boquillas, Pitilleras, Encendedores de alpaca, plata y oro de ley de 9 a 18 kilates. Pipas ultramodernas, infinidad de modelos para elegir.

AVISO A MIS CLIENTES: Exijan la etiqueta de todos los artículos que adquieran de **LA CASA DEL FUMADOR** y serán obsequiados con cigarrillos kilométricos, aromatizados con esencia L'ABANA NALLIN, confeccionados con las magníficas máquinas CRUZ, MINERVA y VICTORIA reformada, modelos 1935. (Artículos para regalos.)

CASA

VAQUERO

● SASTRERÍA Y CONFECCIONES FINAS ●

PLAZA MATUTE, 11

TELEF. 15778

MADRID

CASA PONTES

ARTICULOS DE DIBUJO
Y PINTURA

OBJETOS DE ESCRITORIO

CARMEN, 6

TELEF. 10843

PRISMA

REVISTA DE ESTUDIOS

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS — — CIUDAD UNIVERSITARIA

Dirección y Administración: P I Y MARGALL, 12

Suscripción... { Semestre 5,50 ptas.
Año 10 »

Núm. 1

Teléfono 13.172
M A D R I D

PRISMA NUMERO 1

He aquí, lector, cuajada realidad entre tus manos, aquella «revista de la Facultad», que te anunciábamos. Será quizá para ti, lector, un eslabón más, en la serie de revistas universitarias que conoces. Mas para nosotros, ¡Cuánto afán, cuánto esfuerzo, cuánta íntima emoción de esto que es «nuestro» y lleva zumo de nuestro corazón!

¡Cuántas cosas así, pintadas en la cara del tapiz, pródigo y prolijo, de la vida, y por el reverso, alma, temblando, de la mano tejedora!

Considera, lector, dentro de ti mismo estas razones y marca con la tiza blanca del recuerdo, este último eslabón que hoy ponemos en pie, al extremo de la cadena cruel.

No viene a ser la nuestra, revista de lucha, que en este gran campo y vida de las Letras, hay que dejar las armas a la puerta, entrando sólo las de pura y simple cortesía. Tampoco será órgano de escuela, y menos de secta, porque lo bello, no está sujeto a prisión, ni aun a vestidura. Es licor que sólo tiene de suyo, un íntimo regusto en lo hondo del alma, y su aroma, es libre y multicolor.

Quiere ser PRISMA eco, ayuda y reposo, de la vida universitaria. Sus columnas estarán abiertas a las iniciativas de los estudiantes; desde ellas se tenderá la mano de la colaboración, a quien la necesite, y ellas brindarán el descanso de la literatura y del arte que se hace en la Facultad. Quizá no encuentres, lector, en este primer número, ese triple aspecto que te anunciamos, en el desarrollo ni en la perfección, que con tu ayuda alcanzarán. La falta de tiempo y el exceso de trabajo, de un lado, y de otro, la falta de colaboración con que todo lo nuevo tropieza, nos impiden hacerlo mejor. Noticias de la Facultad y comentarios a lo que en la Facultad ocurre, echarás de menos, quizá más que ninguna otra cosa. Es que al extenderse nuestra mirada sobre el tiempo pasado, se encuentra como pájaro escapado, sin saber dónde acudir. Más adelante, cuando acotemos el tiempo entre los jalones de nuestros números, te daremos en cada uno, los hechos que hallemos en nuestra red de quince días. Contigo contamos, pues, para lo sucesivo. ¡Qué grandes cosas haríamos si tú llegases a beber nuestro entusiasmo y aplicases tu hombro junto al nuestro!

LA VERDAD Y LA BANCARROTA CIENTIFICA

POR J. J. DE LECANDA.

¿Qué es la verdad? La idea que mi mente concibe de una cosa y que yo la creo ajustada a la realidad; a saber, que, según yo, es idea o concepto fiel, justo, adecuado del objeto que mi mente percibe.

Digo, *según yo creo*, porque puede suceder que el juicio, idea o concepto que yo tengo de una cosa me parezca conforme a la realidad o al objeto percibido, y no lo sea. El hombre se engaña continuamente en sus apreciaciones o juicios, tomando como verdad lo que es falso. Por ejemplo: por muchos se creyó que era verdad que el Sol se movía alrededor de la Tierra o que ésta era plana, y luego vinieron a decir que eso no es verdad. Colón (sobre cuya patria no pueden ponerse de acuerdo los historiadores) se vió desautorizado y se atrajo el desdén de los teólogos de Salamanca, porque afirmaba que la Tierra era de forma esférica y no un disco cóncavo, como creían los sabios de la célebre Junta de San Esteban. Una de estas dos verdades era... falsa. Se creyó que el mundo se formó en un lapso de tiempo correspondiente a seis días naturales, y luego nos han dicho que eso no es conforme a la realidad de lo sucedido. Luego una de esas dos verdades es falsa.

La Paleontología, que trata de los seres organizados cuyas especies se han extinguido, ha sido, durante siglos, foco de los más extraños errores acerca de los fósiles. Sus observadores se hallaban desconcertados al tratar de fijar su clasificación y naturaleza. El mismo Barón de Cuvier, que fué el primero que dió carácter científico a la Paleontología, abriendo la senda para venir al conocimiento de las relaciones entre las especies extinguidas y las subsistentes, primero sostuvo la doctrina de las creaciones sucesivas, y después, abandonándola y rectificándose a sí mismo, mantuvo que las especies actuales descendían de especies paleontológicas. ¿Cuándo estuvo en la verdad?

Nada más fantástico que la cosmogonía, y aun eso de querer aplicar la cronometría a la existencia de la Tierra, desde que su masa se disgregó de la nebulosa universal y de la del Sol y comenzó la formación de los terrenos, y luego a la sucesiva transformación de éstos hasta la aparición del hombre, y, una vez aparecido éste, a la clasificación de las edades prehistóricas de la pie-

dra, del bronce y del hierro, pretendiendo medir la inmensidad del tiempo casi con la exactitud con que un cronómetro de precisión mide las fracciones de una hora astronómica.

Mientras los fenómenos geológicos no se nos muestren como continuos y regulares, mientras la edad de las capas que sirven de término de comparación no sea rigurosamente determinada, mientras los objetos hallados en una capa no se demuestre que son suyos y no de otra próxima o lejana, nada como cierto y como satisfactoriamente averiguado puede admitirse respecto a la antigüedad del hombre o de su existencia en tal o cual época prehistórica.

Pero no ha podido en esto la ciencia llegar a mayor desdoro que a ser sus hombres objeto de los fraudes de la industria. La explotación de sílex trabajados, tallados, de hachas, cuchillos, armas, utensilios de caza o pesca, vajilla tosca y otros restos de la manufactura primitiva falsificados ha llegado a constituir en Francia, Inglaterra y Suiza una especulación, base de pingües negocios, y tan escandalosa y hábil, que ha sido una preocupación para los pesquisidores de la Arqueología prehistórica. Conocidos son los talleres de pedernales labrados, montados para engañar a los sabios, cerca de Saint-Acheul, y los célebres falsificadores de formas paleolíticas del condado de Suffolk, con el famoso Flint Jack a la cabeza de los mismos.

Respecto al origen del hombre, sus diferentes razas y las zonas que ocupan en nuestro planeta, las discusiones y polémicas científicas se hacen interminables y son indeterminadas, al mismo tiempo. Es imposible asentar para explicarlo satisfactoriamente una verdad científica.

La Astronomía, la más antigua de las ciencias, ha evolucionado más, desde Hiparco y Tolomeo hasta nuestro contemporáneo Poincaré, que los mismos astros que son objeto de ella. Maravillosos progresos ha hecho, y ahí están acreditándolo las obras *Le valeur de la Science* y *Leçons de mécanique celeste*, del mencionado M. H. Poincaré; mas está muy lejos de haberse dicho la palabra de concierto general entre los que se dedican a su estudio.

Laplace, con otros, antes y después de él, prescindiendo de lo que pudo ser la materia primitiva del universo, y concretándose al sistema solar,

con sus planetas y satélites, admitieron que todo el espacio en que se mueve dicho sistema se hallaba ocupado por una nebulosa de materia cósmica sumamente enrarecida, de la cual, mediante las fuerzas atractivas y repulsivas, y los movimientos que de ellas resultaron, fueron con el andar de los siglos desprendiéndose del núcleo central los anillos diversos, que más tarde, en virtud de condensaciones sucesivas, dieron origen a los planetas y satélites. La hipótesis de Laplace acerca de la formación de nuestro sistema planetario, recibida por casi todos los astrónomos y naturalistas, ha dominado durante los últimos tiempos como la explicación más aceptable, para darnos una idea de cómo pudieron formarse los astros, después de la creación primera de la materia; pero dicha hipótesis dista mucha de constituir una teoría completa y de satisfacer a todas las exigencias científicas; por ella no pueden explicarse satisfactoriamente multitud de fenómenos, como las distintas inclinaciones del eje, el diferente número y tamaño de los satélites de cada uno de los planetas primarios, el período del desprendimiento o desgaje de ellos, etc., etc., cuyas causas siguen siendo un misterio para cuantos se dedican a estudiarlos.

El Dr. Carlos Nordmann, en la *Revue des Deux Mondes*, de enero de 1921, sobre las variaciones luminosas de las estrellas, dice:

«La Geografía Astronómica denomina por lo común *estrellas fijas* todos los astros dotados de luz propia; por distinción de los planetas y satélites, que reflejan la luz de aquéllas.

«Lo único que autoriza a llamar fijas a dichas estrellas es que en el transcurso de los siglos no parece que han cambiado de lugar en el espacio. Conservan a nuestra vista sus distancias y posiciones respectivas. Es bien sabido, sin embargo, que todas ellas se mueven con velocidades fantásticas; sólo que, a la inmensa distancia que las separa de nosotros, el camino recorrido por ellas resulta inapreciable. Y si poco fijas son las estrellas en cuanto a su posición en el espacio, no lo son tampoco por lo que se refiere a su luz. Sin hablar del centelleo, fenómeno aparente, debido a refracciones e interferencias de la luz en la atmósfera terrestre, la luz de muchas estrellas varía sensiblemente de un tiempo a otro; crece y disminuye periódicamente, en tales proporciones la de algunas estrellas, que son de las más brillantes del firmamento en su apogeo y llegan luego a ser invisibles a simple vista.»

La Medicina y los que la ejercen merecen todos mis respetos; pero desde Hipócrates a Pasteur, pasando por todos los emplasteros y curanderos, permanecen en el más desacreditado de los puestos cuando se trata de encumbrarse a la posesión de la verdad científica.

Las verdades científicas no son tales verdades, porque las ciencias se contradicen o rectifican continuamente en sus afirmaciones; las verdades subjetivas, o sea las ideas que percibimos por los sentidos, tampoco lo son, porque los sentidos nos engañan frecuentemente. La Química, por ejemplo, está variando de continuo su afirmación sobre el número y constitución de los cuerpos simples, y por lo que hace a las impresiones por los sentidos transmitidas, aún no están de acuerdo los sabios en la afirmación de dónde reside el color, si en la vista o en los objetos que se miran, ni siquiera en qué sea el color. Es un inextricable espacio de divagaciones, suposiciones y disquisiciones el que nos presentan las ciencias naturales cuando se proponen encontrar la verdad.

¿Y la Filosofía? Se cree no saber filosofía si no se citan, se barajan y mezclan, en confusa exposición, citas y opiniones y doctrinas y textos contradictorios de Comte, Spencer, Kant, Fichte, Hegel, Schopenhauer, Spinoza, Weis, etc., etc., en un lenguaje caótico, incomprensible, y todo ello sirve para terminar uno por entender que a fin de ser verdadero filósofo es necesario no haber estudiado *Filosofía*. Un amigo me decía una vez: —Soy filósofo; me engaña la Filosofía; pero quiero ser como el esposo que, aun sabiendo que la esposa le es infiel, sigue amándola. ¿Y de Teología? Las doctrinas de Santo Tomás, de Juan Dun Scott o del P. Suárez están vinculadas, sistemáticamente, a las sociedades religiosas a que cada uno de ellos perteneció. Por el atavismo de la *educación*, que es influencia o presión, que, fundada en superioridad, se ejerce sobre el ser pensante para modelar su inteligencia, el jesuita piensa como Suárez, el franciscano piensa como Scott, y uno es molinista y el otro es calvinista y el otro luterano o wiclefista, según el país de origen educativo o el centro en que se haya formado por la *educación* teológica o lo que le haya inculcado su *educador*, imponiéndosele por su superioridad en algún respecto.

¿Y la Historia? Es un testimonio humano muy recusable, las más de las veces; la Historia no es de fiar en sus aseveraciones. Historia es una amalgama coordinada de hechos supuestos y de sucesos ciertos, y aun éstos falseados, porque cada historiador, apasionado como hombre, los presenta según conviene a sus ideales, a sus amores, a sus fines, a sus propósitos. Los sucesos históricos, como todo en la vida, tienen varias fases, diferentes aspectos, y cada uno al hacer historia los toma por el lado favorable, presentándolos como le place; diciendo acaso la verdad, pero no toda la verdad, y como las cosas son del color del cristal con que se mira,

cada cual escoge el cristal que le es más agradable para ver y presentar las cosas según su pasión y sus afectos, desfigurando y falseando la realidad. Esto es, que el historiador miente por sistema, sirviéndose de la mentira académica como procedimiento científico. Según esto, ¿qué es Historia? Podríamos decir que es la mentira elevada a la categoría del sistema científico. Es la mentira disfrazada con la máscara de la verdad. No se puede creer en la Historia antigua viendo cómo se confecciona y elabora ahora la Historia del porvenir.

La Historia clásica (griega y latina), cuyos principales representantes son Herodoto, Tucídides, Jenofonte, César, Salustio, Tito Livio y Tácito, se cuidó mucho de la forma literaria y poco de la verdad histórica. Son sus libros bellos ejemplares literarios, mas no tanto documentados y verídicos tratados de los sucesos que consignan. Nuestros historiadores célebres de los siglos XVI y XVII, Mariana, Solís, Mendoza, Moncada, Melo, etc., fueron imitadores de los clásicos griegos y latinos; cuidaron más de la amenidad que de la verdad. La falta de crítica y la imposibilidad de documentarse y las aficiones a lo sobrenatural y maravilloso constituyeron de la Historia, en la Edad Media, una serie incontable de narraciones sin consistencia ni fundamento.

Y como el hombre difícilmente consigue la justeza en nada, hoy, por el contrario, propende la Historia, con rigorismo crítico y falta de belleza literaria, a rechazar sistemáticamente todo cuanto cree no aproximarse a la evidencia, quedándonos, en definitiva, sin la verdad al valernos de la ciencia para conocer el pasado.

¿Y qué diré del escamoteo histórico, que consiste en cambiar de naturaleza a los personajes históricos? Los griegos y los romanos hicieron de hombres mortales, falseando previamente sus hechos y sus hazañas, dioses inmortales, forjándose una copiosísima Mitología. En la Edad Media, los hechos faustos y felices se los atribuyen frecuentemente a labor directa y real de personajes celestiales. Cuando los Cruzados, en su retirada, transportaron de Nazaret a Europa la casa de la Virgen Santísima, aquella diligencia de algunos religiosos varones se atribuyó a obra ejecutada por ángeles del cielo. Algún artista pío y humilde y recatado esculpía una imagen, como la de los Desamparados de Valencia, y se la atribuían a mensajeros celestiales. Un pastor, un campesino, señalaba en las Navas de Tolosa una vereda oculta y misteriosa a los cristianos, para mejor poder vencer a los moros, y era un ángel que descendió del cielo a ejercer aquel menester estratégico. San Lucas, según esos historiadores, esculpíó y pintó in-

contables imágenes, que resultan ser de la escuela prerrafaelesca.

La Iglesia Católica hizo una declaración grave contra la verdad llamada histórica cuando reformó recientemente el Breviario Romano. Dijo que no prejuzgaba las cuestiones históricas de las biografías de aquellos cuya vida sometida a un prolijo estudio histórico-crítico ha sido una de las razones de declararlos santos.

Ya, antes de esto, rectificó su fallo sobre el hecho tan cuestionado y grave de si el Papa San Marcelino ofreció incienso o no en los altares del Paganismo.

Y se observó un caso curioso con motivo de la publicación del Anuario pontificio de 1913.

El hecho, de importancia histórico-religiosa, consiste en la inserción en dicho Anuario de la lista de los Romanos Pontífices desde San Pedro a Pío X, serie que venía suprimida desde hace algunos años.

La nueva cronología de los Papas ahora publicada no es la misma que se publicaba antaño, sino que tiene cuatro Pontífices menos, los cuales han sido suprimidos de la lista.

Los Papas suprimidos son: Bonifacio VI, en 897; Bonifacio VII, en 974; Juan XVI, en 996, y Benedicto X, en 1058-1059. Pertenecen a los siglos IX, X y XI, que constituye la época más próspera del Papado.

Desde hace varios años, algunos historiadores eclesiásticos, entre otros monseñor Duchesne y el P. Genocchi, venían pidiendo la supresión de los indicados Pontífices, por no haber existido nunca.

La mayor parte de los preceptistas modernos han hecho consistir sus tratados históricos en fatigosas cronologías de reyes, mejor o peor amañadas y presentadas a gusto de los que participasen de sus ideales y amores. Los historiadores escriben para *los suyos*, procurando encubrir mentirosamente lo que pudiera molestar o contrariar en sus creencias, opiniones, juicios y apreciaciones a los que les hayan de estudiar. Es la Historia un artículo de mercado que admite variadísima confección y adobo para poder complacer a la clientela con que cada historiador cuente. No ha mucho leí esta frase feliz: «El estudio de la Historia Universal es una corona de espinas que se hace ceñir a los cerebros infantiles en las aulas.»

—Pero es principio de lógica que un testimonio unánime, o, mejor dicho, general, es motivo de credibilidad, porque no es factible que autores de distintas épocas y de diversos países, de consuno, se pongan de acuerdo para engañar a la posteridad.

—Esta observación no tiene razón de hacerse sabiendo cómo se confeccionan y adoban, en

mucha parte, los tratados de Historia. Un espíritu apasionado, idealista, adulador, exaltado e ingenioso, un cerebro volcánico, ha forjado una leyenda como historia o ha revestido los hechos de una forma falsa, y los historiadores que le han sucedido se han limitado, cómodamente, a copiarlo, sin tomarse el trabajo de documentarse suficientemente para depurar los hechos o rectificarlos, desmentirlos o aclararlos. De donde invocar el testimonio general en apoyo de la credibilidad histórica, es abrir plaza a la mentira, otorgándole los fueros que sólo a la verdad le competen. Hice observar una vez al autor de un tratado de Arqueología (poderoso auxiliar de la verdad histórica), que estaba muy lejos de ser cierta su afirmación al asignarle la época que le asignaba a la portada de un templo, como ejemplar de un período determinado del arte de la construcción, y me contestó, ingenuo y desaprensivo, que él no había visto aquella portada, que lo que consignaba lo hacía por haberlo leído en otros tratados análogos al suyo. Así se condensa el testimonio general, motivo de credibilidad histórica.

A Herodoto, el Padre de la Historia, se le achaca el defecto de ser excesivamente crédulo, que en nadie es más intolerable que en quien se constituye maestro de la verdad, y al P. Mariana, maestro de los historiadores españoles, se le acusa de una absoluta falta de crítica. Además, encaprichado de la forma literaria excesivamente, pone a cada momento en boca de sus personajes largas y fingidas arengas, en las que el autor quiere lucir sus habilidades oratorias.

Don Alfonso de Viedma, correspondiendo muy oficiosamente, en cierta ocasión, a un requerimiento mío para que se esclarezca el fundamento heráldico de los elementos del escudo de Vizcaya, copiaba incidentalmente en su escrito mi definición: «Historia es la mentira elevada a la categoría de sistema científico», y oponía a esta definición la que de esa ciencia da Cicerón y la que da Manzoni, para desautorizar mi concepto filosófico con el autorizadísimo de Manzoni y Marco Tulio.

¿Que Cicerón es muy sabio? Hoy no hay quien comparta muchas de las teorías y doctrinas de ese sabio. ¿Que Manzoni fué un buen poeta? La poesía es hija de la fantasía. San Isidoro fué el hombre más docto de su tiempo, y, sin embargo, su magna obra, *Las Etimologías*, hace reír, por el candor y la credulidad que en ella se revelan.

La parte afectiva, la parte pasional, toma una ingerencia principalísima en el amaño de eso que llamamos Historia, sin que le valga gran cosa a la crítica su labor depuradora, oponiendo su

acción a los requerimientos de un ciego sentimentalismo.

El estudio, en general, es un ejercicio inútil, si se le toma con el fin de hallar la verdad y si no tiene por objeto únicamente pasar honesta y agradablemente el tiempo en entretenidas correrías por los dominios de la ciencia. De lo que contiene todo el inmenso arsenal tipográfico de las bibliotecas, la mitad no es verdad, y la otra mitad es de sentido común, considerándolo como elemento científico, didáctico. La parte falsa no hay por qué estudiarla, y lo que es de sentido común, a cuantos le tengan se les alcanza. Las ciencias cambian, se rectifican y mudan de procedimientos y sistemas; hoy afirman una cosa, para contradecirla mañana; luego en las ciencias no hay verdad. Todos los pretendidos sabios han de decir al fin de su vida necesariamente esto: «Una sola cosa sé y es que nada sé.»

El hombre presume tanto más de sabio cuanto es más ignorante, porque nadie más dado a hacer afirmaciones rotundas, inconcusas que un perfecto ignorante mentido a sabio. Para él no hay dudas; todo lo da por averiguado y por cierto; no hay misterios, él es un vidente, ha descornado el velo que los cubría, da por escrutados todos los arcanos con la virtud mágica de su petulancia; con unas cuantas afirmaciones gratuitas y autoritarias pretende confundir la penetración de los pensadores siempre vacilantes, presa de fluctuaciones y de dudas molestas.

«El sagrado polvo de los archivos y bibliotecas» ha perdido su prestigio; su augusta representación va a la par con la representación de «la hora sagrada de los poetas» o de «la hora sagrada de la puchera». Permítaseme hablar tan despectivamente de la ciencia, ya que ella nos habla siempre tan enfática y presuntuosamente.

El hombre, estimulado e incitado por la ciencia, dirige el telescopio a lo alto para escrutar las incommensurables regiones siderales, y ¡el infeliz! desconoce hasta cómo sienten las personas que se reclinan continuamente sobre su pecho o se apoyan en sus hombros. El ignorado autor del *Gil Blas de Santillana* termina su libro, todo él saturado de fina ironía de la vida, con estas frases del protagonista, que envuelven la idea de una cruel inquietante ignorancia sobre algo que tortura el espíritu: «... Para colmo de mi dicha, el cielo se ha dignado concederme dos hijos, de quienes creo prudentemente ser padre.» La ciencia, finalmente, no puede aclarar el misterio que al hombre envuelve por todas partes: la ciencia ha tiempo que se ha declarado en bancarrota, como escribió Brunetière.

Y a propósito de M. Fernando Brunetière, fué

bien resonante la polémica que sostuvo, allá en 1897, con el célebre químico Berthelot, a propósito de esa llamada por él «bancarota de la ciencia». Afirmaba que la ciencia, con las soluciones que presentaba para resolver todos los problemas, así del orden natural como del preternatural, había caído en el más ridículo de los descréditos. Presentaba la cuestión bajo esta fórmula: «¿De dónde venimos?, y ¿adónde vamos?», para concluir que «ni los telescopios que sondean el espacio, ni los microscopios que acechan el latido inicial de la vida en las regiones de lo infinitamente pequeño han podido descifrar el misterio que nos envuelve por todas partes.» M. Marcelino Berthelot, como conocedor profundo y sabio experimentador de las transformaciones, fuerzas y efectos de la materia, contestaba alegando las innumerables y precisas conquistas que la ciencia había realizado y seguía realizando diariamente, ya en provecho de la pura especulación filosófica, ya para utilidad positiva de la Humanidad; pero Brunetière, exponiendo su categórica afirmación y descendiendo minuciosamente a la enumeración de todo lo que en cada ciencia particular es aún inexplicable o misterioso, aducía, por ejemplo, lo incompleto de los éxitos de la terapéutica, que cada veinte años cambia de sistemas y procedimientos, reputando por absurdos los principios de causalidad morbosa que antes aceptara por evidentes, no logrando disminuir la mortalidad, complicando los procedimientos curativos y no explicando, ni aun rudimentariamente, los más elementales principios de la embriogenia, el contagio, el atavismo, etc., etc. Que las ciencias físicas pasaban por el bochorno de aplicar la luz y la electricidad sin haber dado aún una cabal y exacta definición de las mismas o de sus agentes productores, y que las ciencias físico-matemáticas afirmaban que, para probar que las oscilaciones del péndulo son isócronas, era menester desarrollar un teorema en que *es preciso despreciar una cantidad pequeña* para que resulte probada y evidente la proposición principal. Y Brunetière terminaba con esta frase, que fué muy discutida y celebrada por el mundo científico y filosófico: «¡Bonita ciencia la que se funda en el desprecio!»

Había estallado la gran conflagración mundial en 1914. Le acuciaban a un niño para que se aplicase al estudio de la Geografía, y contestó filosóficamente: —Como sé que después de la guerra europea ha de cambiar completamente la geografía política, me reservo para entonces el estudiarla.

Y con tantos medios de comunicación y exploración como la industria del hombre se ha allegado, qué de secretos encierra aún en su peque-

ñez este planeta que nos ha tocado habitar entre la incontable agrupación de la universidad astronómica. Dejo el secreto misterioso del mar profundo. En la parte árida o seca, cuánto inexplorado e innoto.

Existe interés en los geógrafos contemporáneos por conocer más en detalle el aspecto físico de las tierras polares descubiertas y las particularidades de sus pobladores. ¡Es tan poco lo que se sabe, es decir, lo que puede admitirse como cierto, sobre todo de los habitantes de estas regiones!, como que se ha supuesto, durante muchos años, que los esquimales carecían de idioma y que se expresaban en el lenguaje mímico y figurado del primitivo hombre de las cavernas. Hoy se sabe que tienen su idioma; pero es tan desconocido, que aun no está clasificado en ninguno de los varios órdenes lingüísticos. Alguien ha dicho que los esquimales hablan el tagalo; pero otros refutan tal aseveración y dan como ciertas sus afinidades con el quichúa, que otros les han atribuido.

La Ciencia, si acaso, tiene por objeto una labor de diplomática: catalogar el Universo para presentarlo en papeletas ordenadas y clasificadas para su más fácil estudio a los que pretenden conocerlo.

La mayor parte de nuestros tratados científicos son obra de compilación y de erudición, y es fácil prepararse para confeccionarlos con módico y superficial trabajo intelectual, sobre todo desde la aparición de los completísimos diccionarios enciclopédicos, que, como he dicho, han encasillado la Ciencia y la han ordenado en papeletas o fichas, como se ordenan los legajos de un archivo. Un copista, un compilador, un hombre erudito, podrán componer un centón, una rapsodia; podrán mostrar, como trabajo chino, un fatigoso mosaico de textos, citas, testimonios, autoridades; pero faltará en esos tratados el elemento científico principal, que es el fruto de la propia observación, de la meditación, la miel del propio juicio y sentir, sacada de las pacienzudas libaciones practicadas por el campo de la vida.

—¿Y qué es la escritura con la imprenta en relación a la Ciencia.

—Un instrumento muy eficaz para difundirla y popularizarla. El analfabeto tiene una vida intelectual mucho más circunscrita que el que lee y escribe; le falta un medio de relación importantísimo para comunicarse con sus semejantes; camina bajo un horizonte muy limitado y poco luminoso por el campo del saber; pero el que lee mucho está expuesto a continuas ofuscaciones y espejismos y refracciones que le dificultan la visión verdadera de las cosas y el enfoque al estudiarlas. Gran invento fué el de la

imprensa; pero el abuso de la imprenta ha llegado a desvirtuar completamente el fin de ella. Facilitado extraordinariamente el empleo de las artes gráficas, poniendo tan a mano los medios de difundir el pensamiento, todos se dan a estamparlo en letras de molde, y es tal el diluvio de papel impreso que inunda al mundo, que ya se empieza a leer muy poco, por lo mismo que se escribe demasiado. Y ese poco no es lo mejor, porque lo bueno pasa y desaparece arrollado, envuelto, anulado por tanta vacuidad e insustancialidad como se entrega a la imprenta y se da a la publicidad en un espejo boscaje de palabras huera en un desierto de ideas.

El hombre tiene una vida muy limitada por el tiempo y muy constreñida por variadas ocupaciones, y es imposible que ni los más activos y

despiertos puedan enterarse, ni siquiera superficialmente y a la ligera, de lo que arrojan las prensas de imprimir referente a cualquier ramo, por muy limitado que sea, de los conocimientos humanos. Abruma, acongoja pasar la vista diariamente por la sección bibliográfica que publican innumerables revistas y periódicos, y el ver los abultados catálogos que continuamente publican innumerables empresas y casas editoriales, y ello lleva al ánimo el convencimiento de que la imprenta, instrumento poderoso para la difusión científica, anegará la Ciencia en un diluvio de letra impresa, expresión de toda suerte de mentales vacuidades, insustancialidades y dislates, encontrando la Humanidad una humillación más en un invento del que tan engreída estaba y del que tanto había abusado también.

Lo que opinan los profesores de nuestra Revista

Nos hemos entrevistado con este gran hombre latino, sencillez y jovial, que es D. Pío Zabala, para hablarle de este nuestro empeño, que hoy es realidad, de la Revista universitaria.

Y—¡cómo no!—se le han plegado tras los ojos las arrugas del recuerdo:

—Yo también, yo también... Recuerdo que hacíamos una hojita... Y con pretensiones, con pretensiones... Resumíamos y abarcábamos el movimiento político del mundo...

Le retoza un momento la risa de la anécdota, que, por esta vez, y con dolor, renunciamos a transcribir.

—¿Qué orientaciones le parecen a usted más acertadas, qué cauces más derechos...?

—Yo soy hombre del siglo XIX, pero comprensivo de la juventud. Por eso creo que, literariamente, debe darse cabida en la Revista a estas inquietudes, sobre todo artísticas, de los jóvenes de hoy. Mas sin ahogarla nunca con las extravagancias, los caprichos incomprensibles o de mal gusto a que un afán de originalidad exagerado conduce. Tratándose de una Revista de letras, debe llevar una sección bibliográfica lo más completa posible. Notas sobre los últimos libros... Extractos y comentarios de tesis doctorales... Una Revista de semejante tipo, bien conducida, puede efectuar una obra educativa muy considerable y, desde luego, encauzar y experimentar actividades que después han de ejercitarse.

TRES HOMBRES DE LETRAS

EL JUBILEO DE MIGUEL DE UNAMUNO

Unamuno ha cumplido setenta años, la edad del retiro universitario. Para nadie ha pasado desapercibida la fecha de este viejo, que tiene el privilegio de la juventud eterna, juventud de espíritu más que del cuerpo. España ha organizado en Salamanca fiestas jubilaes, a las que se ha sumado con toda el alma. Homenaje vibrante rendido a Unamuno en «su» Salamanca, esta Salamanca que añoraba tan intensamente cuando tuvo que vivir en París o Hendaya.

Por un designio presidencial, el homenaje que al maestro rindieron sus admiradores tuvo carácter público. Así, en medio de la violenta agitación del momento, el hombre que calma por algunos instantes la inquietud de España es Miguel de Unamuno, la inquietud personificada. La obra de Unamuno, que reviste la forma de novela, de ensayo filosófico o de poesía, no es otra cosa, en efecto, más que la expresión de este sentimiento. Inquietud de sí mismo, anhelo, busca de su misión personal, examen de esta misión. Inquietud nacional. ¿Cuál es la esencia de España? ¿Cuál es su ruta? ¿Cuáles sus destinos? En fin, inquietud humana, metafísica, investigación del sentido del vivir, como en el libro del *Sentimiento trágico de la vida*, en que el autor descubre su ansia de eternidad. Unamuno y Pascal. Pascal hubiera podido escribir «Condición del hombre: inconstancia, desaliento, inquietud.» El pensamiento de Unamuno es agitado y está sin cesar trabajando. Se alimenta de él mismo, de innumerables lecturas y de las más insospechadas expectativas. Se destruye sin cesar por renacer más vigoroso y más maestro de sí. Reconstrucción surgida de la demolición. Vista desde el exterior, parece llena de contradicciones. Unamuno, él mismo, ha celebrado la fecundidad de la contradicción, oponiéndola a la esterilidad de la lógica.

Unamuno es vasco. Nació en Bilbao, «su Bilbao». Vive en Salamanca, «su Salamanca». Abandonó el Océano, la verde frescura de Vizcaya, por la llanura, la árida campiña castellana. En este desplazamiento, obligado primeramente, consentido después, tal vez se encontraría una explicación de la inquietud, de la «disconformidad» tan característica de la obra y pensamiento de Unamuno. Unamuno gusta en sus paseos cotidianos de seguir el curso del río de Salamanca, el Tormes, más famoso en la literatura que en la hidrografía española. Afición al agua y amor ardiente de la tierra descarnada. Antinomia, aunque no lo sea sino en apariencia. El infinito suele atraer a Unamuno: infinito del mar Cantábrico, infinito de la meseta castellana. Los dos espectáculos, a quien sabe contemplarlos, ofrecen, con una aparente serenidad, la incitación más imperiosa al espíritu para que se introduzca en la búsqueda del misterio fundamental de su des-

tino. Es hacia estas dos preocupaciones donde Unamuno vuelve su alma. Es en ellas donde encuentra la paz.

Volvamos a las fiestas jubilaes. El decreto presidencial comprende dos artículos, que es necesario meditar: Unamuno es nombrado rector vitalicio de la Universidad de Salamanca; el Instituto de Bilbao se llamará «Instituto Miguel de Unamuno». Se ha creado, en fin, en la Universidad de Salamanca una cátedra, «Miguel Unamuno», en la que el maestro continuará enseñando «lo que quiera, cuando quiera y como quiera». Así este decreto atiende a los orígenes vascos de Unamuno y al españolizamiento de su vida en Castilla. Sobre todo confiere una vida legal a esta independencia de «el español» cuando dice que hará «lo que quiera», porque esta real «gana» es en Unamuno y en todos sus compatriotas la esencia misma del ser español.

JUAN SARRAILH.

(*Les Nouvelles Littéraires.*)

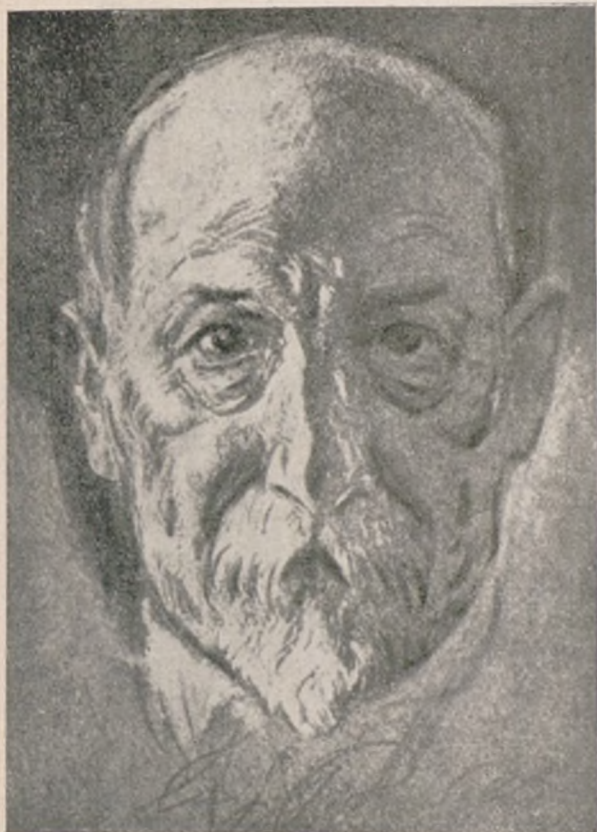
EL PREMIO NOBEL, EL HUMOR Y LA BARBITA DE PIRANDELLO

Se ha concedido el premio Nóbel de Literatura de 1934 a Luis Pirandello. Se le ha concedido como gran hombre de teatro, como dominador y renovador del teatro. Y lo más estimable de Pirandello no es el hombre de teatro, sino el humorista. Pirandello siente, prende y comprende este viejísimo mundo, ahora nuevamente bautizado, del «humor», quizá mejor que nadie hasta hoy. «El humorismo es un fenómeno de desdoblamiento en el acto de la creación. Como un Hermes bifronte, una de cuyas caras ríe al ver lágrimas en la otra.» Refrinos de los demás burdamente, refrinos de las cosas y alegrarnos la vida con risa, no es humor, es buen humor, vulgar y burgués. El humor es precisamente lo contrario: sonrefrinos irónicamente del llanto nuestro, de ver a los rectores de la humanidad, a los superhombres, con las cabezas vacías, las barrigas llenas de paja y el corazón rebosante, mejor que de fango, de agua. Porque el humor no ataca con el acero de la burla y el marfil de la sonrisa a los grandes malvados, sino a los pequeños criminales de todos los días, a los hombres honrados, a los hombres «que tienen derecho a una vida desahogada», a los hombres de buenas costumbres. Y, en cambio, descubre un alma debajo de las señoras que aman a su gato, del escribiente de la oficina, de todos los que sean pobres de espíritu. Esto es el humor. Pirandello...

Pirandello tiene una barbita cínica, una frente amplia y la sonrisa un poco judía.

La barbita de Pirandello, como la pipa de Herriot y los dientes de oro de Roosevelt, es todo un

poema. Porque Pirandello completo, cuerpo, alma, sangre y humanidad, aparece plasmado, concreto y vivo en ese apéndice buído, flexible, como un florero o un puñal, agudo y hondo como el humor; parece que Pirandello utiliza su barbita como un arma para, desde entre bastidores, herir y matar con muerte de desprecio a los hombres que llevan chistera y a las mujeres adúlteras. Porque la



vida y la obra de Pirandello es ésa: la depuración continua de valores humanos, el esclarecimiento de la verdad subyacente traspasando pudores y ropajes, el desgarrar de la carne palpitante, para poner y vibrar la sangre al descubierto. Podríamos decir que Pirandello se dedica a «desnudar al vestido».

(Tal vez esta tarea—a su manera, una vocación—haga aparecer ante ojos míopes a Pirandello como algo sobre, infra o extrahumano. Y nada de eso. Esta ansia de la verdad escueta, dura y vigorosa, surgida «aunque sea» de la vivisección, es lo más humano que existe. Lo que hace las conquistas y enciende las revoluciones, lo que trae bruscamente al equilibrio de la vida a aquel, o aquello, que lentamente separóse de él.)

Así es Pirandello. Tremendo y sangriento; humorista. En pugna siempre con este amable «vivir la vida» de casi todos los hombres y de casi todos los días. Enormemente humano. Lleva en

sí un cúmulo de ansias y psicologías humanas. Ha escrito *Enrique IV*, *Befas de la vida y de la muerte*, *Seis personajes en busca de autor*, *La razón de los demás*, *Vestir al desnudo*, *El Hombre*, *la Bestia y la Virtud*.

L. P. DE L.

MAQUIAVELO O LA REFORMA DEL ESTADO

Maquiavelismo, sinónimo de doblez tenebrosa y de perfidia refinada; maquiavélico, adjetivo que suena sardónico, cínico, diabólico; he ahí casi todo lo que evoca el nombre del autor del *Príncipe*. Se ha leído este libro, pero no se sabe todavía que no fué más que un momento en la vida de Maquiavelo y que no representa más que una faceta muy incompleta de su pensamiento.

La obra del famoso secretario florentino es uno de los monumentos de la literatura italiana. Se le cita como a Dante o Manzoni. Su producción literaria bastaría para darle renombre; Macaulay juzgaba *La Mandragola* como la mejor pieza del teatro italiano, superior a las obras de Goldoni, inferior solamente a las más bellas de Molière. Pero principalmente, debe Maquiavelo su popularidad, a su genio político. Es para los italianos, especialmente, un héroe nacional, porque más de trescientos años antes que Mazzini, Garibaldi y Cavour concibió como necesaria la unidad de la península y la propugnó con todas sus fuerzas. Mussolini escribía en 1924: «Yo afirmo que la doctrina de Maquiavelo está aún viva hoy, después de más de cuatro siglos.»

Su patria era Florencia, a la que sirvió toda su vida; era también la desgraciada Italia, «más esclava que los hebreos, más sierva que los persas, más dispersada que los atenienses, sin jefe, sin orden».

Corrupción inevitable del estado, reforma indispensable del estado: he ahí el motivo del pensamiento político de Maquiavelo; corrupción, ley inevitable que ataca a todos los organismos naturales y sociales. Maquiavelo analiza esta corrupción en los estados romano e italiano. El ideal para Maquiavelo sería reformar el estado cada diez años. El mismo escribió que para quedar libre una república tiene necesidad cada día de nuevas medidas. Se trata, por consiguiente, de una renovación continua. Pero como esto es prácticamente muy raro, cuando no hay renovación es necesaria una reforma. ¿Cómo y por quién debe ser hecha? La respuesta es clara: «No ocurre jamás, o raramente, que una república o reino estén bien ordenadas a su labor, o reformadas completamente, si esto no es hecho por uno solo.»

Cualquiera que sea el juicio que merezcan las ideas del gran humanista político del Renacimiento, ¿le será quitado el mérito de la actualidad?

Extractado de

L. HÉRON DE VILLEFOSSE.

LAS ALMAS TIMIDAS

CUENTO DE HUMOR

POR PEDRO LÓPEZ LAPUENTE.

YO

Me gusta observarme desde fuera de mí mismo, y casi siempre acabo por llorar dentro de mí. Tengo un cuerpo pequeño; todo es pequeño en mí. Mi habitación, el penúltimo pisito de una pobre casa destemplada. En el pisito hay una ventana; en la ventana, una maceta. Amo a la maceta. Es un simpático vegetal, siempre y todo verde, sin el escándalo de una flor. Es como yo. Mi amigo, mi hermano, yo. Por la tarde, veo la vida desde la ventana. Conozco las cúpulas de mármol de la ciudad, el humo en espiral de las chimeneas, que parece trazado por un dibujante, el inmóvil vuelo de las palomas y las exhalaciones de las golondrinas.

Y abajo, la vida en flor. Las señoritas rubias tan elegantes, los jóvenes gallardos y el señor paralítico, barba blanca, sepulcro de una pipa negra, que pasea en un cochecito empujado por un criado con galones. Todos van a él en cuanto aparece, y le llaman don José, y le preguntan por su pierna, y le saludan, y le agasajan. ¿Yo? Yo no podría ser ni señorita rubia, ni joven elegante, y si fuera señor paralítico, me aturullaría horriblemente cuando vinieran todos a verme y a preguntarme. Y cuando así me veo y me considero tan chiquito, tan apocado, tan insignificante, me invade una pena, y una lástima, y una angustia muy grande, muy grande, y me compadezco de mí y simpatizo conmigo, y en limosna me daría todo mi escaso caudal, porque soy más pobre y más desgraciado que yo mismo.

Soy incapaz de pensar en lo que no veo. Por eso, a veces, no me imagino, no me comprendo, ignoro la razón de mi existencia. Y cuando pienso en mi muerte, ignoro también su causa. No concibo que nadie se tome el trabajo de darme la vida ni de quitármela. ¿Para qué?

USTED

Usted vive más alto que yo. En el último piso de la casa de en frente. Tiene también una ventana pequeña y una maceta. Pero la suya es de geranios. Cría pétalos pálidos que tiemblan al sol en el buen tiempo, antes de caerse. Y cuando viene el mal tiempo, todavía queda uno suspendido inverosímilmente hasta la siguiente primavera. Yo, al principio, cuando le veía asomado tan melancólicamente tras la fosquedad de su bigote a la ventana, le tomé mucho respeto. Porque vi en usted una personalidad, un algo, frente a mi nulidad y mi nada.

Recuerdo que un día cruzamos nuestras miradas. Dirigía usted la suya a mi maceta, y mis ojos estaban fijos en la suya. Al cabo de un

rato, nos presentimos mutuamente, nos vimos y tuvimos que sonreír. Al hacerlo, sentí un temblor tremendo en todo mi cuerpo, porque yo no habría tenido nunca atrevimiento para tanto. Desde entonces, cada vez que me tropezaba con su mirada me daba mucha vergüenza, me ponía muy colorado y tenía que mirar a las nubes—esas nubes amigas nuestras que nunca se mueven de su sitio, siempre a nuestra disposición—y a las palomas. Después empezamos a saludarnos con la cabeza de ventana a ventana, y, por fin, intimamos.

No hemos cambiado jamás una palabra. Y, sin embargo, nos conocemos. Al menos, yo le conozco a usted perfectamente. Y no tengo de usted un conocimiento vago y abstracto, sino concreto y definido. Sé que toda su vida se dedica a soñar. Y su sueño es un hijo. Ese hijo que desean los hombres en el ocaso de su vida, ese hijo que supla su tiempo perdido y su obra malograda. Un hijo genio. Usted vive alto, muy alto, más alto que yo. Y su ilusión está allí arriba, sin descender nunca. Por eso, usted no sabe que no podrá tener un hijo sólo con las nubes, las palomas y la maceta de su ventana. Pero, ¿casarse usted? No se le ocurriría jamás. Una mujer destrozaría con sus manos estúpidas el genio de su hijo. Además, para casarse usted necesitaría bajar al mundo, conocerlo. Y usted, desde su majestuosa soledad infinita, tiene la más absoluta certeza de que algún día aparecerá en su casa, puesto allí por Dios un hijo, su hijo, para que usted lo críe y lo cuide y reciba los primeros fulgores de su genio. Tal vez aparezca su hijo ya adulto, ya genio. Pero la ilusión perdura. ¡Infeliz! Usted es un soñador y no ve la realidad. Pero yo, yo que soy ese joven bajito que ocupa el penúltimo piso de su casa; yo, que tengo un sentido común flamante y poderoso, yo sé que eso no puede ocurrir jamás. Necesitaría usted otra vida, muchas vidas, muchas juventudes como la que tiró, la que perdió culpablemente...

Mas, ¿perdió usted su juventud? ¿Tuvo usted juventud? ¿Acaso su juventud no será la mía?

ELLA

Desde dentro de mi ventana, desde lo íntimo de ella—aun cuando en ella todo es íntimo—meditaba un día la velocidad de los automóviles, que corren desnudos por mitad de la calle, cuando sentí convergir con la mía otra mirada. La busqué, la seguí, y hallé en frente de mí, en el piso debajo del que usted habita, una joven. Ella me miraba. Ella, sería y pequeña, y pálida, toda de negro. Era como yo, sólo que... Y, al comparar-

nos, se despertó el sentimiento de mi virilidad. ¡Mi virilidad!... ¿Tenía yo virilidad?...

Como con usted, lenta, precisa, inexplicablemente, intímé con ella. Yo, yo me encontraba capaz del amor. ¡Del amor!... Un amor pequeñito, recóndito, humilde, como todo en mí. Me reí, y al reirme aumentaba mi risa y mi lástima. Me compadecía mucho, mucho, horriblemente; era mi compasión la más tremenda de las torturas imaginables. Y allá, hondo, hondo, en mis entrañas, había una chispita de luz. De luz triste, ahogada, como la de un luciérnago, en un poco amor pálido, sin vigores ni gallardías, sin vida, con la propia burla de mi propio rictus, de mi propia congoja sangrienta.

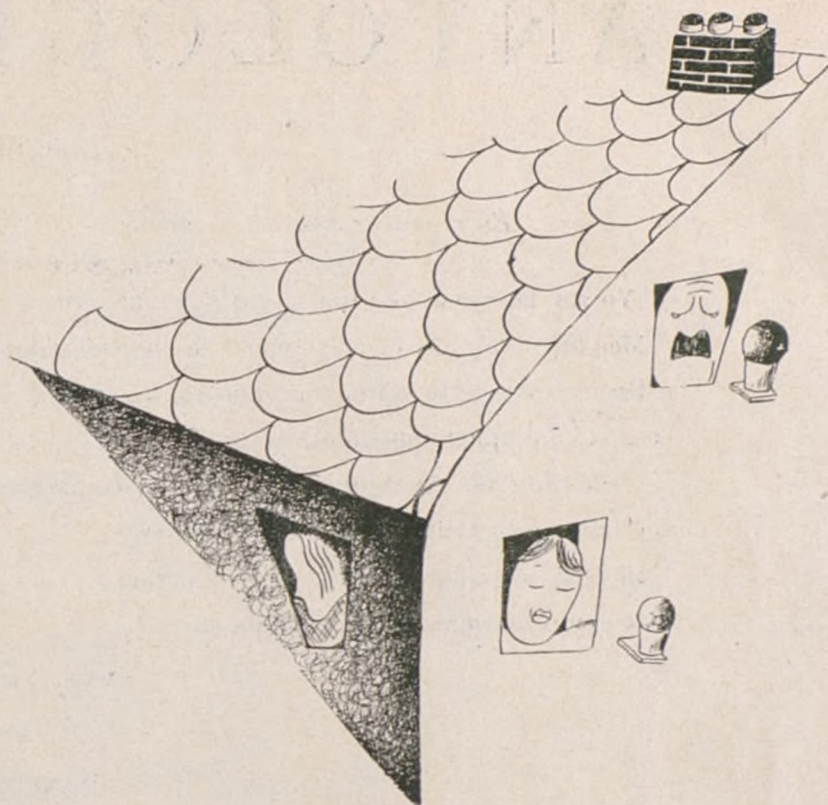
Mire usted, ayer fué mi idilio. Un idilio minúsculo, escondido, triste, hecho a mi medida.

Ella y yo estábamos en la vía del tren. Paseábamos. Después de la mirada inicial que le he referido, no nos habíamos mirado jamás; todavía no hemos cruzado una palabra. Ibamos cada uno a un lado de la vía... Yo llevaba mis ojos en el césped; ella, también. Yo veía el movimiento de sus zapatos negros, y del comienzo de su media, también negra. Llegaron a ser una obsesión para mí. Los seguía, me era imposible abandonarlos, y los pies negros empezaron a tratar de subir el rail y marchar por el estrecho camino.

(No es inexplicable, es lógico... Ella y yo tenemos unas almas sencillas de percepción velada, de niño. Y todas nuestras realidades son pueriles, como de juguete.)

Y los pies negros resbalaban y penétranse en los guijarros y parecían gemir.

No puedo seguir paso a paso. Ignoro cómo fué. Llegó un momento en que no pude resistir. También mis pies treparon al caminito metálico de mi lado. Se engarzaron nuestras manos. Y marchamos sinérgicos, mutuamente apoyados, hacia el sol que en el horizonte, al final de la vía, descendía distraídamente. Y nuestros cuerpos vacilantes y nuestros brazos trémulos cortaban con el cielo neto un arco triunfal, y todo se encendía de nuestra vía y todo fué heraldo y clarín de nuestro amor.



NOSOTROS

Perdóneme usted la expansión anterior. Con ella se ha consumido la chispita honda que se encendió en mi alma. Ya puedo hablar en paz. No me queda más que mi sentido común, tan nuevito y en buen uso.

Usted ha visto en nosotros una aurora magnífica. En ella y en mí ha clavado el júbilo nuevo de su esperanza revivida. Es inútil. Vano. Somos míseros, pequeñitos. ¿No ve usted lo grandioso, lo inmenso, lo colosal de nuestro idilio? ¿No ve que nos hemos consumido en nuestro amor? ¿No ve que dudamos si tendremos aún energías para morir? Yo era insignificante y oscuro. Era el joven que habitaba el penúltimo piso de su casa. Tenía una ventanita y en ella una maceta sin flor. Ella era menuda, vestida de negro, vivía en el penúltimo piso de la casa de en frente y tenía una ventana sin maceta. Y ella y yo, ¡nos hemos amado!...

Vamos a morir. Moriremos y desaparecerán nuestros cuerpos. Ni siquiera somos merecedores de tener cadáver. Y usted continuará eternamente soñando junto a su geranio único. Siempre, siempre...

ANTOLOGIA

RESURRECCION

En el aniversario de su muerte.

Yo soy tan poca cosa que ni un dolor merezco...
¡Más tú, Padre, me hiciste merced de un gran dolor!
¡Ha un año que lo sufro, y un año ya, que crezco
por él en estatura espiritual, Señor!
¡Oh Dios, no me lo quites! El es la sola puerta
de luz que yo vislumbro para llegar a Ti!
¡El es la sola vida que vive ya mi muerta:
Mi llanto diariamente, la resucita en mí!

AMADO NERVO.

SONETO FALSO

Si el vivir convertido fuese en aire,
¿Serían los gritos frases luminosas
Importantes o tiernas como alondras
Un regato, la flor, el viento o nadie?

¿Triste consuelo pudiera ser de alguien
Si las palabras fuesen voladoras
Sentirlas abrasadas, en derrota
De batallas que debieron ignorarse?

Llanto alguno pudiera, ya calmado,
Mover nuevo impulso hacia un destino
Ni encontrar el espíritu sereno

Como un fantasma viejo, tan lejano,
Si necesario fué por afligido,
Detestable será, si tan tremendo.

ARTURO SERRANO PLAIA.

EL. ELLA. Y LOS DOS.

Doblas barras de luz con los dientes.
Te alimentas
de aristas. Los musgos
son alfombras de plantas más débiles.
Hasta el cenit tu voz. Fin y Camino.
Un latido.
Latido de lanzas.
Choque, mármol
y vientos contrarios.

Agua y cielo...
Y acaso... puñal...
sin saberlo.
¿Claridades? Alfombras de harina.
El espasmo de luz en lo eterno.
Hasta el cenit tu voz. Fin y Misterio.
Un latido.
Latido de bálsamos.
Roce, lagos de azul
y columpios.

Todo... Siempre...
Equilibrio... Fusión...
Y algo más... Algo más.
De las sombras
el ariete y el soplo y el fuego.
Y la sombra final:
Estallido:
Y la luz verdadera:
Silencio.

ASCRA NAUEL.

A LOS MAESTROS

Poco a poco, las aulas abandonan
a que llegaron de esperanza llenos,
y a sus rincones provincianos vuelven,
humildes, los Maestros.

Marcado algunos en el rostro llevan
de la reciente decepción el sello.
Y algunos casi lloran... En el alma
un ansia viva de gritarles siento:

—Mitigad esa pena. Con vosotros
lleváis la luz a los oscuros pueblos,
donde miles de seres os aguardan:
¡Antorcha sois para ellos!

¿Más queréis ser?... ¡Pero es que por ventura
hay algo más excelso
que formar corazones
y alumbrar a la vida entendimientos?

Pues Jesús, que, de Niño,
discutió con Doctores en el templo,
Hombre después, y sembrador de ideas,
no se llamó Doctor, sino Maestro...

Juzgad si vuestro Título es glorioso,
y si podéis mostrarle satisfechos.
Volved con él al pueblo, que os espera,
de vuestra luz sediento,

y allí, ¡enseñad!... pero enseñad lo justo,
lo llano, lo sencillo, lo discreto,
lo que dé rectitud a la conciencia
y orden y claridad al pensamiento.

Pocos hombres heroicos, pocos sabios,
le bastan al Progreso,
con tal que multitudes ordenadas
les presten fervoroso acatamiento,

ellas entre sí unidas
por el amor, sostén del Universo,
todo hecho de adhesión y afinidades.
Formad la multitud... Y, para ello,

formad al niño... Haced que cada niño
lo ame todo: el sereno
cielo en que luce el sol, el claro campo,
la sierra hostil, el mar y el bosque trémulo.

Que ame las tibias noches estivales
y las lunas de Enero,
y cante la canción de la vendimia,
y le gusten de Abril los aguaceros,

y tener en las manos
un libro, por las láminas abierto,
y dejar de mirarle cuando pase
el tropel de las nubes por el cielo.

Que sea viva llama de amor vivo
y confunda en su amor todo lo bello:
el jardín de la Escuela,
nidos y mariposas y arroyuelos.

Que ame, en fin, sobre todo
al hombre, que ha de ser su compañero,
y hoy es el niño que con él comparte
asiento, estudio, travesuras, juego.

Que sientan a la par sus corazones,
y que pueda decir cualquiera de ellos:
«Este ha de ser el que conmigo marque
rumbo feliz al mundo venidero.»

* * *

Si es ésta la misión que os aguarda
y la cumplís, Maestros,
decidme si debéis dejar con pena
estas doradas aulas, o contentos.

BONIFACIO CHAMORRO.

ROMANCE DE LA ABUELA MUERTA

La cabaña estaba sola,
allá arriba en la montaña.
Cerca, una loba que aúlla
a veinte perros que ladran.

En las ruínas de un castillo
una lechuza embrujada
se está bañando en la sangre
misteriosa y azulada
de cien princesinas dulces
que una noche descubrieron
en sus lechos degolladas.

La lechuza sibilina
entierra el día a sus plantas;
sus ojos de cien mil diablos
van sembrando nigromancias
en los hongos, en los muertos,
en las flores y en las aguas...

Ya se me murió la abuela,
grita la niña angustiada,
de rodillas, rubia y triste,
besando las blancas canas.
La rapaza queda sola
para siempre en la cabaña.

Y no oír la leyenda
de la doncella encantada,
ni el cuento de Púlgarcito

y Caperuza Encarnada.

¡Ay, abuela, la mi abuela
tan santina y tan galana!
¡Está la noche tan triste,
tan oscura y tan callada!
Aúllan tanto los perros...
que da miedo en la cabaña.

La niña queda dormida
con la abuela amortajada;
en sus labios tiembla aún
un beso y una plegaria.

La cabaña estaba sola
allá arriba en la montaña;
la niña de brea y dulce
fabricada por las hadas
ya se ha quedado dormida
con el frío de la muerte
metidito en las entrañas.

Los lobos pasan dejando
las huellas de sus pisadas,
y la lechuza se engulle
las princesas degolladas.

¡Ay, muerte! ¿Por dónde vas
tan despacio y tan callada?

ALFONSA DE LA TORRE

20 — 12 — 34 : BATALLA

El rayo de sol caricaturiza, llevando su sarcasmo hasta lo grotesco, a los hombres que pasan por la calle de la gran ciudad, entre el farrago de esos nuevos arrecifes de los rascacielos, en los que se estrellan los barcos pluriformes—matrícula desconocida—sin capitán de tres estrellas: las nubes.

Hombres de paso nervioso y militar sin uniforme. Hombres que asaltan el tranvía panzudo que arrastra la melena de ese pámpano humano de la plataforma posterior. Hombres de la poesía geométrica.

—Antes, los poetas, en lugar de contar con los dedos, contaban con las estrellas; hoy cuentan con los discos del tranvía—.

Es la inmensa batalla de la vida moderna.

Ruidos de gran ciudad aerodinámica. Taladráis el buen gusto y sin llevaros a nuestra derecha no podemos vivir en el siglo xx.

—La sombra del tranvía descarrila en la curva.

* * *

Cuando llega la noche, como un viajero inglés—con el monóculo de la luna y la maleta etiquetada de anuncios rojos—, los escaparates, los faroles y los luminosos substituyen al sol. También los altavoces.

—Los altavoces son luz, son sonido—.

Se entrecruzan, se alargan en el laberinto de todos y ninguno.

La luz de la gran ciudad, es el lápiz más burlón que existe.

Las mujeres de sutiles formas, que caminan envueltas en el azul de las miradas, son ridículas, rechonchas, vistas en su impertinente doble del suelo.

—Los faroles rien, con las enormes bocazas de sus bombillones—.

Miles de rayos luchan entre sí. Luchan, vencen o son vencidos, con el orgullo de su claridad sempiterna.

Pero en esa batalla, quien sale horriblemente derrotado, es el hombre del suelo: la sombra.

—Las luces rien, enseñando los desiguales dientes de sus reflejos—.

Cuando la noche viene, se oye la formidable música sinfónica de ruidos y luces de la ciudad.

* * *

En una esquina de primer plano, digna de los claroscuros y de esa especie de misterio urbano que la rodea, tres ciegos de copla aldeana—bandurria, guitarra y *chansonier*—son el último baluarte del hombre, en la lucha con los ruidos que él mismo creó.

Los tres soldados de vanguardia, tienen caras del Greco. Buídas, densas y dulces, y con el alma en los ojos quietos, expresivos, que nos hablan de lo que no vieron. Tocan y cantan un viejo tango que habla—como todos los tangos—de noches arrabaleras, de pebetas hundidas en el fango.

—¡Oh, la poesía tuberculosa del lirio en el lodazal!—.

Es uno de esos tangos, a cuyos sonos lloran las peripatéticas.

El tiroteo de las notas y los claxons, es interminable y aterrador.

—¡Qué sonido el de ese violín que no tocó hasta hoy.

* * *

La gran ciudad vence.

Avanzan marciales y metálicos, anegando el frente de la esquina y los claroscuros, el ejército de timbres, bocinazos, gritos luminosos.

Arde por los cuatro costados de su pobre música, el último baluarte de los últimos hombres.

¡Qué tango tan cursi!, es la metralla que dispara la calle de gran ciudad.

(Qué tango tan cursi.)

Los parpadeos luminosos, lanzallamas del ridículo, sonríen sarcásticos.

(¿No habéis observado el sarcasmo de la luz, que comenzó siendo esclava y hoy es dictadora universal?)

El guardia de la porra, rey de los sonidos en las largas y simétricas avenidas, manda retirarse a los heroicos defensores de la última trinchera humana. El reducto está tomado.

La sombra de los tres ciegos al marcharse, golpeando con rabia de bastones blancos el asfalto, parece llorar.

Es la victoria de la gran ciudad.

Y después, convencidos de la tragedia, nos vamos a un bar americano a tomar un *cock-tail* y bailar un *blue* con una señorita rubia, que fuma, masca chicle y cobra a tanto la sonrisa.

RAFAEL GARCÍA SERRANO.

SIGNIFICACION DOLOROSA DE LOS ROMANCES

POR ARTURO DEL HOYO.

¿Cuál puede ser una vida que comienza entre los gritos de la madre que la da, y los lloros del hijo que la recibe?

GRACIÁN.

El sagaz jesuita Baltasar Gracián, nos habla de la muerte, de la miseria de esta vida. También Quevedo sentía en su entraña este desprecio por el mundo. Y antes que ellos, el hispano-romano Séneca infundió en los más delicados estratos del alma española esa esencia—tan nuestra—dolorosa, agónica.

En el Barroco español, Séneca es el eje de pensamientos. Se le cita en todas partes y por todos. Por el escritor mordaz, cáustico, y por el místico lleno de unción religiosa.

Pedro de Rivadeneyra—gran soldado de las milicias de Íñigo—pone en boca de Séneca estas palabras: «Yo juzgo que eres miserable porque nunca fuiste infeliz.» Esto se decía por los años de 1601... De algún sitio tenía que venir la consolación. ¿Qué español de entonces no sufre interiormente?

El dolor es imprescindible en la vida. Aún más: es el que mide nuestra capacidad de trabajos y nuestro saber sufrir con alegría las adversidades. Como si ellas sucedieran por nuestra propia voluntad. «¿Qué novedad es que muera un hombre?»

Gentes son éstas del siglo XVII de preguntas y de vacilaciones. Domina todo el arte de la época un deseo de hacer ver las cosas, no correspondido. Hasta la escultura se policroma, adquiere un tinte genuino: español. Aunque interiormente se note un acabamiento, una disminución de la confianza en sí mismos. Es cuando la palabra «nada»—tan expresiva para Arturo Schopenhauer—toma mayor ascendencia en nuestros escritores.

La angustia se origina en la nada. Y la nada es lo que llena esta época espiritualmente barroca.

La continuación dolorosa—el sufrimiento—es quien engendra lo barroco, y también lo clásico. El dolor en este último estilo se encuentra oculto en una manifestación que va de afuera a dentro, como si estuviera en contraposición con su robustez exterior—enmascarado. El goce de la vida en su plenitud es el todo para un griego. Sin el disfraz que lo envuelve, veríamos esas ansias infinitas que allí están retenidas olímpicamente, dejándonos un algo de misterio: de ignorancia de lo que hay más allá.

El barroco da libre suelta a eso que lo clásico oculta, vierte su entraña—lo más íntimo—en un retorcimiento impotente. Su goce es de hoy, de ahora, de este instante que vivimos. El dolor se encuentra a la vista de todos. Del entresijo de la forma no trasciende lo interior, a no ser con un nada categórico.

Hoy. ¿Mañana?... Por eso el barroco se desarrolla en los siglos de dudosa incertidumbre.

Se descarga todo el peso de ésta en la duda y en la indiferencia. ¿Queda algo?... Al menos la nada—la duda—da a entender que no.

El romance es nuestra más interesante significación barroca, dolorosa.

Nuestro D. Ramón Menéndez Pidal—campeador de tantas lides cidianas y romancescas—adivina ya esta esencia en su *Flor nueva de Romances viejos*. «El Romancero—dice—confirma lo que sucede en el teatro; en Francia, el marido de la adúltera es tipo de *vaudeville*; en España es personaje de drama calderoniano.»

El tema preferido por nuestros romances es el de la «muerte»; y el líquido más gustoso y embriagador, la «sangre». Eso que con Lope de Vega, el fiel interpretador del Romancero, ha de constituir la verdadera emoción dramática, conservada sintéticamente en *El caballero de Olmedo*. La «música de sangre», que ha dicho J. Bergamín.

El romance nace y se consolida en el siglo XV. En los tiempos más inquietos, llenos de presagios, de la Edad Media española. Y nace en el remanso pacífico de los años sin agitación, como una disgregación intensa, pluriforme, de las Canciones de Gesta. Como una popularización de aquellas. «Con vibración lírica y hervor dramático.» (K. Vossler.)

Confundidos los términos «divino» y «humano», la Fortuna y la Providencia; y faltó el espíritu de las gentes de la consolación mediante lo religioso, el mismo amor terreno toma vuelos insospechados y apariencias de verdadera pasión extrahumana.

Lo hemos de ver encarnado en *El Conde Alarcos*, el romance de la emoción inmensa, con un ansia de lo inasequible que trasciende a algo que se desvanece, creando el final triste y maravilloso en su enjundia y plenitud mortal. ¿Qué es la muerte? ¿Cuál su representación para estas gentes del medievo?

Hubo en Burgos en el siglo XV—siglo oreado de sus letras—un obispo: Alfonso de Cartagena, hijo de conversos, primer traductor de Séneca a nuestra lengua castellana, y que en su versión de la *Providencia de Dios*, cap. VIII, dice: «Pienzas tú que Sócrates libró mal porque le dieron a beber aquella ponzoña que fué mezclada públicamente. E bebióla como si bebiere una medicina para nunca morir. E dispuso de la muerte hasta la muerte.» Esto es hablar de la muerte tan suya, tan elegante, que tuvo en plaza infame el donoso Condestable Alvaro de Luna, defensor sin igual de las «claras e virtuosas mujeres». Y es hablar de la muerte del Conde Alarcos y de la Infanta Solisa, y de toda cosa enraizada en aquel momento histórico.

La confusión de términos, la depresión moral del siglo y la añoranza de lejanos tiempos heroicos viene a darnos ahora un sentido de las cosas entonces desconocido.

INTRODUCCION AL ESTUDIO DEL QUIJOTE

POR D. CLEMENCIN.

En los comienzos del pasado siglo publicó don Diego Clemencin una edición del Quijote con notas. Hoy damos a conocer a los lectores el prólogo de tan interesante trabajo, no dudando que les ha de agradar, sobre todo a los alumnos de Letras.

La relación de las aventuras de D. Quijote de la Mancha, escrita por Miguel de Cervantes Saavedra, en la que no ven los lectores vulgares más que un asunto de entretenimiento y de risa, es un libro moral de los más notables que ha producido el ingenio humano. En él, bajo el velo de una ficción alegre y festiva, se propuso su autor ridiculizar y corregir, entre otros defectos comunes, la desmedida y perjudicial afición á la lectura de libros caballerescos, que en su tiempo era general en España.

La época en que se supone que florecieron los caballeros andantes, y cuyas costumbres se pintan en sus historias, fué la que medió entre la extincion y la restauracion de las letras: y para juzgar rectamente de la naturaleza de este argumento, conviene trasportarse á aquellos siglos de obscuridad y barbárie, en que olvidada la civilizacion antigua y generalizada en Europa la dominacion de los pueblos del Norte, apenas se disfrutaba la seguridad y el sosiego, que son el objeto primario de la sociedad humana. Introducida con el régimen feudal la anarquía, quedó la autoridad pública sin centro ni fuerza: los particulares y vasallos mas poderosos se encastillaban en sus rocas y fortalezas, se miraban como independientes de los Príncipes, y no reconociendo mas derecho que el de la fuerza ni mas lei que la de su espada, se hacian la guerra unos á otros, oprimian á los habitantes de los contornos, exigian contribuciones y servicios arbitrarios de los pasajeros, y todo era violencias, ruinas y crímenes. Después de un largo período de confusion, fué menester al fin que la autoridad eclesiástica acudiese al socorro de la civil, y tomase á su cargo conservar los escasos restos de la civilizacion que iba á extinguirse en Europa. Entrado ya el siglo XI, los Obispos reunidos en los Concilios promulgaron la que se llamó *Trégua de Dios* para poner algun freno á los excesos y fuerzas que por todas partes perturbaban la tranquilidad y el orden. En los principios, no pudiendo lisonjearse de conseguir la enmienda total de una vez, se

contentaron con prohibir las violencias en los domingos, después extendieron la prohibicion á otros dias de la semana; y progresivamente con la experiencia del buen resultado se fué estableciendo la *Trégua de Dios* en ciertos periodos del año por vários Concilios hasta el general de León celebrado el año de 1179, que confirmó los decretos de otros anteriores. En el trastorno general de las cosas se creyó que no se hacia poco en regularizar y poner límites al desorden, admitiendo el Derecho, entre otras pruebas legales mas ó menos ridiculas, la del Duelo, en que la fuerza ó la ventura del campeon decidia el fallo de los jueces. Así se examinó en Toledo, corriendo el siglo XI, la cuestion sobre la preferencia entre los Ritos romano y muzárabe (a). Estas ideas tan poco conformes á los rectos principios de la justicia, se fueron modificando después sucesivamente á proporcion de los progresos que hacian las luces; y las famosas Partidas del Rei D. Alfonso el Sábio, compuestas en la declinacion del siglo XIII, reprobáron ya y excluyéron también á la disminucion de los males, dando ocupacion lejos de sus hogares á una nobleza inquieta y belicosa, y reuniendo contra los infieles las fuerzas que los cristianos empleaban antes en destruirse mutuamente. Entre tanto los principios de cultura que á su vuelta traian las expediciones de Ultramar, la formacion de fueros y cuerpos municipales, la fundacion de universidades y otras escuelas, la invencion del papel, de la pólvora, de la brújula y de la imprenta produjéron efectos favorables en las costumbres, facilitáron la multiplicacion de las relaciones y vínculos sociales, y allanaron el camino para la consolidacion de la autoridad pública.

Fijando pues nuestra consideracion en aquella época primitiva, en que la inocencia y la debilidad, privadas de la proteccion del Gobierno, no podian recibirla sino de los particulares, presenta sin duda una imagen halagüena y recomendable la persona que impelida de su generosidad se consagra sin limitacion al socorro y amparo de los oprimidos; una persona, que embrazando su escudo y empuñando su lanza, se dedica á correr el mundo buscando ocasiones en que ofrecer su esfuerzo y su sangre en

(a) El Arzobispo D. Rodrigo, de *Rebus Hispaniae*, lib. VI. cap. 25.

defensa del menesteroso y del débil. Tal es el fundamento del interés de que es capaz el género de los libros caballerescos: fundamento sólido, porque se apoya en sentimientos virtuosos, que son los únicos que pueden inspirar interés duradero y constante. El sexo hermoso debía experimentar mas los beneficios de la proteccion caballerisca por mas débil, y de consiguiente mas expuesto á la injúria; á que se añadia el mayor aprécio y consideracion que se le profesaba generalmente en la edad média, y que los pueblos descendientes del Norte habian heredado de los antiguos germanos, cuales los pintó Tácito. Si el éxito corona los esfuerzos y noble intento del caballero; si vence y destruye á los malandrines que infestan los caminos, á los gigantes que tiranizan desde las fortalezas, á los vestiglos que hacen peligrosos los campos ó aterrorizan en las cavernas; si liberta del deshonor á las doncellas, del suplicio no merecido al inocente, de las cadenas al mísero cautivo; si restituye á sus tronos las Princesas y Príncipes despojados injustamente; si castiga á los usurpadores, y llena el orbe de la fama de sus proezas; entonces la reunion de la felicidad y de la valentia contribuye á realzar mas y mas la importáncia del preciado caballero. Añádanse al valor y fortuna del campeon las demás virtudes, el celo ardiente de la justícia, la generosidad, el desinterés; agréguese á estas prendas del ánimo la gallardía, robustez y belleza del cuerpo; únanselos la sensibilidad y ternura de corazón, la lealtad á su dama, el amor de la gloria, el desprécio de la muerte; y se tendrá el *bello ideal* del caballero andante que debiera haber servido de tipo á los coronistas.

Pero el desempeño de este argumento, que no era ciertamente inaccesible á la hermosura y adornos de la invencion y del estilo, se resintió del mal gusto de los tiempos, y de la ignorancia de los autores. Pudieran haber aprovechado los datos que les suministraba la historia de la real y verdadera caballeria en la edad média: pudieran haber puesto en sus héroes las prendas de los caballeros sin pavor ni tacha, los rasgos de valor, magnanimidad, desinterés y ternura que se vieron en aquel tiempo: pudieran haber ajustado á él sus composiciones en la descripción de las fiestas, armas, trages y costumbres; matizar la pintura de las virtudes con la de los vicios ásperos y groseros que dominaban entonces, y ahora repugnan á nuestra cultura; fundir y hermosear las ideas que los Arrestos y las Cortes de amor, la profesion y ejercicio de los Trovadores, las empresas de valor y galanteria, las peregrinaciones ó religiosas ó guerreras á Tierra santa, los climas antes poco cono-

cidos del Oriente, prestaban á la imaginacion é inventiva de los escritores. Pero nada de esto supieron hacer: tampoco supieron ceñir convenientemente la duracion de sus fábulas, ni subordinar á una accion los sucesos, ni variarlos agradablemente, ni siquiera dar á sus relaciones los atractivos propios del curso tranquilo y apacible de la historia. Lanzadas y mas lanzadas, cuchilladas y mas cuchilladas, descripciones repetidas hasta el fastidio de unos mismos torneos, justas, batallas y aventuras con diferentes nombres; errores groseros en la historia, en la geografia, en las costumbres de las naciones y edades respectivas; golpes desaforados, hazañas increíbles, sucesos no preparados, inconexos, inverosímiles; ternura á un mismo tiempo y ferocidad, dureza y mollicie, inmoralidad y supersticion; tal es la confusa mezcla, el caos que ofrecen los libros caballerescos escritos casi todos en los siglos XV y XVI, época ya en que los adelantamientos de la civilizacion y los beneficios de la autoridad pública sólidamente establecida por todas partes, presentaban mas claramente con su contraste lo inverosímil y lo ridículo de la profesion de los caballeros andantes. Los autores de sus historias no alcanzaron esta verdad, siquiera para asignar los sucesos á tiempos en que fueran posibles; por mejor decir, escribiéron unas historias imposibles en todos tiempos. Agitados los mas de ellos de un furor insensato, no contentos con lo extraordinario, echáron también mano de lo portentoso, y amontonáron encantamientos y encantadores, rivalidades y guerras de nigromantes, aventuras y empresas absurdas, prodigando lo maravilloso de suerte que llegaron á hacerlo insípido, á la manera que el uso excesivo de los manjares y sabores fuertes llega á entorpecer el paladar y á embotarlo. De aquí nacia que la juventud, acostumbrada á las lecturas caballerescas, concebía un tedio insuperable al importante estudio de la historia, donde el orden y tenor ordinario de las cosas humanas no presentaba estímulos suficientes á su estragada curiosidad. Llenábase al mismo tiempo su fantasia de los ejemplos é ideas que encontraba en aquellas inmorales novelas; amores adúlteros, competencias de mozelos que trastornaban el mundo, obediencia ciega á caprichos femeniles, venganzas atroces de pequeñas injurias, desprécio del orden social, máximas de violencia, fiestas de un lujo desbaratado y loco, pinturas y descripciones de escenas lúbricas; y los libros de caballerias llegaron á ser tan perjudiciales á las costumbres, como insufribles á la razon y al buen gusto.

DEPORTES

JUNTA DIRECTIVA

Celebradas elecciones generales para la designación de la Directiva de Deportes de esta Facultad el día 30 de noviembre de 1934, dieron el resultado siguiente:

Presidente: Víctor J. J. Malo de Molina, 65 votos.

Vicepresidente: Leopoldo Marcos Calleja, 66 votos.

Secretario: Eduardo Ródena Llusá, 59 votos.

Vicesecretario: L. Castedo H. de Padilla, 45 votos.

Tesorero: Justina Rodríguez de Viguri, 59 votos.

Contador: Francisco Galiana Serra, 58 votos.

Asesor-Técnico: Francisco Arévalo Arozena, 66 votos.

Vocal: Carmen Parga, 36 votos.

Idem: Alejandro Salazar, 57 votos.

Idem: J. Manuel Usandizaga, 59 votos.

Idem: J. Marías, 56 votos.

Ha quedado, por consiguiente, constituida la Junta en la forma que se indica.

YO, URNA

Pues, señor, ¡cuidado que ha discutido la gente! Amistades que se rompen, compañeros que dejan de serlo, camaradas que se enfadan..., y todo por mí. Es decir, por mí, no. Por el papeletito que he de abrigar en mi semitrasparente—luz de la verdad.

Fijaos que es una incongruencia: lo que sale de un sarcófago, lo que se saca de él, es siempre un cuerpo muerto, un ser inanimado. Pues, bien, lo que sale de la urna, que tiene la perfecta forma de un sarcófago, es algo nuevo, un cuerpo que empieza a vivir. ¿Por qué tendré yo esta flemma?

Antes de arrojar el tímido papeletito, preceden horas y horas de tensión nerviosa. ¡Cuántas maniobras, cuántas vilezas se hacen o intentan hacer! «Lo que salga de las urnas», «Ya veremos lo que dicen las urnas»..., y todo estaba premeditado, todo estaba visto y estudiado, todos sabían lo que íbamos a decir las urnas. Después, unos señores muy serios que se sientan a un lado mío y otros no menos serios que se acercan, hablan, dicen...
(Continúa en la página siguiente.)

LA DIRECTIVA

¡Hola, muchachos! Cuando salgan estas líneas, la Junta de la Deportiva ya estará perfectamente constituida; así lo espero.

Me dice un compañero nuestro que le llene esta página, y a mí, la verdad, me cuesta mucho trabajo. Pero, en fin, hay que hacerlo, y por eso me he sentado con la pluma—*stilo* de mis ideas—ante esta mesa, que es sostén de mis pensamientos.

¿Qué os digo? ¿Qué os cuento? No quiero contagiarnos con las penalidades sufridas para lograr lo que hemos logrado. Sean unos u otros, dentro de veinticuatro horas, la Junta Directiva de esta Sociedad estará formada. Como habréis notado, estamos en vísperas de elecciones. El corazón—reloj del cosmos de mi vida—acelera su *tictac*. Ya sabéis que yo estoy en una candidatura... ¿Saldrá? ¿No saldrá? Pero el tiempo apremia y esto he de partir hacia la imprenta. Esta es una frase repetida por todos los periodistas; ya sé que es una vulgaridad; pero... ¡es tan elegante eso! Esperan mis originales. Es la primera vez que la gran maquinaria de un periódico va a embuchar papel y más papel, para al mascararlo, mancharlo de negro con una idea mía. Y al pie va también, por primera vez, mi seudónimo; un seudónimo que es más nombre mío que mi propio nombre, pues, al NOMBRARME, todos me nombráis por este seudónimo que ahora adquiero.

Pero no era hablaros de esto mi intención ni a lo que estoy obligado. Un título general de deportes cobija estas líneas, y a él me tengo que atener. Así, pues, os voy a hablar de deportes; pero ya que propiamente de eso no os puedo hablar hoy, os diré, al menos, algo relacionado con aquello; por ejemplo, la manera de funcionar esta doble plana que se nos ha brindado en esta Revista, a la que deseo que Dios dé larga vida. En este lado saldrán siempre las noticias oficiales; en la otra plana, las reseñas de cuantos partidos se jueguen. Creo que con esto habrá tema suficiente para llenarlas. ¿Qué? ¿Fotografías? ¡Ya lo creo! Pero, paciencia, que las cosas no se pueden hacer atropelladamente. También pu-
(Continúa en la página siguiente.)

«¡Feliz el hombre que en veloz
alcanza, o en atléticos combates,
premios insignes! Cantarán los va-
brazo tan fuerte, planta tan ligera.
PINDARO.

¡Salve, muchachos deportistas!...

La idea de hacer de la Facultad de Filosofía y Letras una Universidad de tipo moderno, es inmejorable. A un lado, una Facultad símbolo del estudio, grácil edificio de armoniosas proporciones, comfortable, acogedor; nada de vetustos edificios, de lóbregas aulas, que dan una nota de repulsión a la vista: luz, aire, sol; alegría sana y juvenil; lugar hermoso para un fin hermoso: el de crear los hombres del mañana.

Próximos a ella, los campos de deportes: los *fields* que esperan la bulliciosa invasión de la muchachada, que, cansada la mente, van a buscar en ellos la sana y viril expansión que el cuerpo reclama. Músculos en tensión, cuerpos en noble escorzo dispuestos a conquistar para la Facultad gloria y honores... ¡Oh deporte! ¡Tú ennobleces al hombre!...

JUAN JOSÉ LEIRADO PAJARES.

RUGBY

Todos los compañeros inscritos en la Asociación Deportiva de esta Facultad que deseen pertenecer al equipo de *Rugby*, pueden comunicárselo al Delegado, Ignacio de E. Orbaneja, de nueve a trece, en la Secretaría de esta Asociación.

El Delegado,

Ignacio de E. Orbaneja.

Imp. Pueyo.—Lana. 28

cen, preguntan, y el papel, semisuspendido sobre mi boca en eterno bostezo de risa, cae a mi estómago, agua de luna.

Harta ya de tragar—32 cuartillas y media me zampé la última vez—, me hacen la autopsia para ver lo que tengo dentro, y media a media me van sacando las treinta y tantas cuartillas que tenía metidas en el cuerpo.

Sólo se oye el respirar de unos veinte hombres y el rascar de unos diez lápices y plumas. Debe ser muy interesante lo que el único que habla dice. Al cabo de sesenta minutos se acaba aquello. Me vuelven a cerrar y me abandonan en frágil letargo después del festín, aunque no de los más copiosos.

La urna duerme. Descansa ya en paz. «Lo que salga de las urnas», «veremos lo que dicen las urnas». Y la urna duerme. ¡Ya lo dijo todo, ya salió todo! Hasta la próxima, en que todos digan: ¡A la urna, a la urna! ¡A la urna, a las dos...!!

WYKTHOR.

blicaremos cuantas fotografías nos dejen; para ello tendremos nuestro redactor gráfico; pero... ¡es todo tan caro!

Creo, estoy seguro de ello, que ya os he molestado bastante. ¡Había que llenar la hojita! Y por eso hago punto final y termino; pero no sin antes saludar y dar las gracias—«el que no es agradecido no es bien nacido»—al señor Decano y al señor Secretario de nuestra Facultad, por lo mucho que se han interesado y nos han ayudado en nuestras empresas; después, al Director y Redactores de esta Revista por la gentileza de habernos llamado a colaborar, y últimamente, a cuantos nos ayudan para que el deporte prospere en nuestra querida Facultad. Saludo también desde aquí a todos los estudiantes deportistas y no deportistas, deseándoles, no ya salud y buena caza—como los indios a sus hermanos de clan—, sino salud y buen curso. Es lo que más nos debe preocupar.

SEGIS.

La página de deportes está a cargo de A. D. F. y L. Toda la correspondencia a dicha entidad

BIBLIOGRAFIA

ULTIMAS PUBLICACIONES

En esta sección daremos cuenta de todas aquellas publicaciones de las que nos sean enviados dos ejemplares, comentando adecuadamente las que a nuestro juicio puedan interesar a los compañeros estudiantes.

Filosofía.

La libertad humana, de Shopenhauer, traducida del alemán por E. Imaz.

El mundo visto a los ochenta años. Impresiones de un arterioesclerótico, por J. Ramón y Cajal.

Historia.

Historia de la civilización antigua, por Zieliński. Obra apta para iniciarse en la materia por su claridad y precisión.

Ecclesia Præstigia et millenarismus. Exposición histórica, por Florentino de Alcañiz.

Anales históricos de Uruguay, por Eduardo Acevedo.

Arte.

Ensayo sobre los artífices plateros del Buenos Aires colonial.

Literatura.

Hermes, en la vía pública, por Antonio de Obregón.

Tres poetas de su vida (Casanova, Stendhal, Tolstói), por Stefan Zweig.

Arbol y Farola, por Germán Bleiberg.

Cock-tail, por Rafael García Serrano y J. María Pérez Salazar. Es un buen libro de versos, jugoso, amplio y esparcedor del ánimo, porque no es retorcido ni conceptista. «El suicidio del amor» es una poesía interesantísima de García Serrano. En ella hay vena honda de realidad. Y la realidad dicta el ritmo. Así aquel «Y no pudo ser...» repetido es el sentimiento frustrado, todavía fresco en el recuerdo.

De Pérez Salazar, «Jinetes del cielo», es una breve sinfonía en plata y oro, ingeniosa y rítmica. Como tallada en metales preciosos y, sin embargo, ágil.

Revistas.

Cruz y Raya. «Giotto, raíz viva de la pintura», por B. Palencia.

Revista de Occidente. «El Escorial y Felipe II» por Augusto L. Mayer.

Peña

CAMISERO DE MODA

La Casa de los Cuellos

(NOMBRE Y TÍTULO REGISTRADOS)

MONTERA, 13

— Teléfono 13873 —

MONTERA, 37

— MADRID —

OBRAS COMPLETAS DE JOSE ORTEGA Y GASSET

En un solo volumen. Encuadernado en tela, 55 pts.

BIBLIOTECA DE IDEAS DEL SIGLO XX

Dirigida por José Ortega y Gasset

	PESETAS	
	Rústica	Tela
Rickert.—Ciencia cultural y ciencia natural.	5	8
Born.—La teoría de la relatividad de Einstein	12	15
Uexküll.—Ideas para una concepción biológica del mundo . . .	7	10
Spengler.—La decadencia de Occidente. Tomo I	9	12
Bonola.—Geometría no euclidianas	7	10
Spengler.—La decadencia de Occidente. Tomo II	9	12
Wolffling.—Conceptos fundamentales en la historia del Arte . .	18	20
Spengler.—La decadencia de Occidente. Tomo III.	9	12
— La decadencia de Occidente. Tomo IV y último	9	12
Índice de materias por orden alfabético de la decadencia de Occidente	1	
Hertvig.—Génesis de los organismos. Tomo I	12	15
— Génesis de los organismos. Tomo II	12	15
Alfredo Adler.—Conocimiento del hombre	8	

HISTORIA UNIVERSAL

Dirigida por Walter Goetz, de Leipzig, con la colaboración de 40 especialistas europeos. Versión española de D. Manuel García Morente, Decano de la Universidad Central.

Completa en diez volúmenes :: Pida folletos ilustrados

En su librería y en

ESPASA-CALPE, S. A.

Rios Rosas, 24. "Casa del Libro". - Av. Pi y Margall, 7. Madrid

En el próximo número, comenzaremos a publicar una sección satírica a cargo de las comadres y «compadres» de la Facultad.

Un día sí y otro también, relucirán en estas columnas las admirables dotes pedagógicas del Sr. Fulano, el mal genio del profesor Zutano y las «cursilerías de la Perenganita».

¡No lo olvideis!



MELCHOR GARCIA



Libros de ocasión, antiguos y modernos

== Textos para las Facultades ==

San Bernardo, 18 :: Teléfono 10.238 :: M A D R I D

STILOGRÁFICAS

Inmenso surtido de las mejores marcas.

Completa colección de las Stilográficas IDEAL WATERMAN

Ricos modelos en oro, propios para regalos :: REPARACIONES PERFECTAS

Casa MOZO - Alcalá, 9 - Papelería

Estilográficas **Kaweco** y **Conklin**, con garantía perpetua de roturas;
Parker, con garantía de pérdida o robo; **Swan**; **Wall-Eversharp**.

Compre la **Conklin n.º 26** a pesetas 15, sólo para estudiantes.

CASA ORTEGA

ALCALÁ, 5

MONTERA, 16

LIBRERIA GENERAL
DE
- Victoriano Suárez -

Preciados, 46 mod. - Teléf. 11.334

M A D R I D



Casa exportadora e importadora de obras nacionales y extranjeras.

**Suscripciones, apuntes
y programas.**

Los elegantes de
la Facultad, visten
en
Sastrería Ramírez



Fuencarral, 33

LIBRERIA
INTERNACIONAL
DE

- R - O - M - O -

Alcalá, 5 - Teléf. 15.844

M A D R I D



Especialidad en obras científicas en todos los idiomas.

Libros para Escuelas especiales y Universidades.

Pidan catálogos.

LIBRERÍA
“UNIVERSIDAD”

OTERO - PORTELA

Literatura, Artes, Ciencias, Derecho, Medicina, Historia, Manuales, Textos para Universidades, Institutos, Escuelas especiales, etc., etc.



Esta Casa se encarga de servir cuantos pedidos de libros se le encomienden.

Se compran Bibliotecas.

SAN BERNARDO, 36

Teléf. 11.306

M A D R I D

¿Hacéis deporte?

Visitad el salón de la
exposición y venta de artículos deportivos que la Casa DÍEZ ha inaugurado
en **Barceló, 9**, frente al «Cine
Barceló».



Últimas novedades en artículos para nieve.

Siempre Casa **DÍEZ**

Toledo, 58. (Central.)

Barceló, 9. (Frente al «Cine Barceló».)